

CAROLINA REDONDO
EL PASADO
INVISIBLE

XX PREMIO DE NOVELA CAROLINA CORONADO. CIUDAD DE ALMENDRALEJO

algaida



El jurado del XX Premio de Novela Carolina Coronado. Ciudad de Almendralejo, promovido por su Ayuntamiento, estuvo compuesto por Espido Freire, Pilar Galán, María Zaragoza, Javier Negrete Medina y Alonso Guerrero Pérez, resultando ganadora la obra *El pasado invisible*, de Carolina Redondo.



Diseño de cubierta: José Luis Paniagua

Primera edición: 2023

© Carolina Redondo Fernández, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 23

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-873-3

Depósito legal: SE. 1709-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

NOVIEMBRE. EL ROMPEHIELOS SOLSTICIO	15
DICIEMBRE. SOL DE MEDIANOCHE	37
ENERO. ÓXIDO Y SALVIA.	117
FEBRERO. UN LUGAR DE PÉRDIDA	167
MARZO. LA TORMENTA	245
ABRIL. LOS INVENTORES	335
AGOSTO. LA PRADERA Y LA CIÉNAGA.	401
AGRADECIMIENTOS.	413

*Para mi padre, que tuvo
que reinventarse*

*Somos la sombra que proyecta
nuestro pasado, aunque a veces
esta parezca invisible.*

*Isla Hac-chila,
océano Índico Subantártico, 24 de abril*

KAREN PODÍA SENTIR CÓMO EL NIÑO SE APRETABA CONTRA ELLA. Hacía mucho frío. Sin embargo, ella sudaba. El olor a óxido y a mar eran muy intensos. Del otro lado de las paredes del *container* le llegaron unas voces amortiguadas. Rezó para que fueran de los estibadores. No sabría decir cuánto llevaban allí escondidos. La oscuridad modificaba el paso del tiempo. En el suelo, una fina película de mugre y aceite de motor brillaba bajo la luz rasante de la linterna. Sentó a Dani sobre sus piernas mientras le frotaba los brazos y la espalda para hacerle entrar en calor.

—Mamá, te quiero como un elefante.

¿Cómo iba a hacerse cargo de un niño al que no recordaba?

—Y yo a ti como una jirafa —decidió seguirle el juego.

¿Sería realmente su hijo?

—Y yo como toda la galaxia. —El niño la miró sonriente.

¿Cómo conseguirían sobrevivir si ella no recuperaba la memoria?

Karen aguzó el oído y le hizo un gesto al niño para que se callase. Las voces se oían cada vez más cerca. Dani empezaba a asustarse. Se acercó a su oído con suavidad y le susurró:

—Tranquilo, no pasa nada.

Él asintió en silencio. Estaban al otro lado de la puerta. Ella le tapó la boca. No podía distinguir cuántas voces eran ni de qué hablaban. Subieron el tono. Se transformaron en gritos. Eran dos hombres. Alguien golpeó la puerta. Oyó un puñetazo, una exclamación.

Se escuchó un tiro.

Su abrupto sonido rompió la noche.

Fijó la vista en la puerta, temiendo que en cualquier momento entrasen a por ellos. Permaneció en tensión varios minutos hasta que logró tranquilizarse. Le latían las sienes. Se tumbó sobre el suelo metálico. Necesitaba entender qué estaba pasando. Las paredes daban vueltas a su alrededor. Le sobrevino una arcada. El niño comenzó a llorar. Lo tumbó a su lado y comenzó a tararear una canción infantil mientras se preguntaba si alguna vez se la habría cantado a ella su madre o si solo era una melodía inventada. Un fuerte ruido mecánico acompañado de varios pitidos sonó a escasos metros de donde estaban. En ese momento el suelo tembló y todo comenzó a moverse. Karen abrazó al niño y apretó la mandíbula. Sabía que una grúa estaba levantando el container para subirlo al rompehielos. Era parte del plan.

No debía tener miedo.

Pero lo tenía.

NOVIEMBRE

EL ROMPEHIELOS SOLSTICIO

*Océano Índico Subantártico,
seis meses antes*

AL AMANECER AVISTARON LAS CINCO HERMANAS, UN GRUPO DE islas deshabitadas. Los primeros pájaros terrestres salieron a su encuentro. Karen se agarraba a la barandilla del rompehielos con fuerza tratando de no marearse mientras observaba a Dani correr por la cubierta. A medida que se acercaban al Polo Sur, el paisaje se había ido transformando. El mar abierto dejaba paso a las superficies heladas. Los espacios infinitos conquistaban el vacío. El viento alborotaba su cabello castaño esparciéndolo por sus hombros.

Sentía los dedos del hielo atravesando su ropa. Un frío intenso que le recordaba al de las noches de enero en aquel bosque francés, hacía ya ocho años. Su madre y ella llevaban huyendo de la policía varias semanas. A veces dormían en un motel, otras veces no tenían tanta suerte, cargaban el depósito de gasolina y buscaban un lugar en lo profundo del bosque para dormir en el coche. Ella se tumbaba en el asiento trasero y su madre reclinaba el del conductor. Dejaban encendida la calefacción. Algunas noches, la gasolina se agotaba de madrugada. Karen recordaba las pequeñas nubes de vaho saliendo de su boca mientras en su interior el bebé daba una patada. A la mañana siguiente, rellenaban el depósito con unos pocos litros de una garrafa auxiliar, lo justo para llegar a una gasolinera, y volvían a la carretera.

Semanas que parecían meses. Meses que parecían años.

En todo ese tiempo su madre nunca se quejó. Ni una palabra, ni una mueca que invitase al desaliento. Su rostro iba acusando el cansancio, la falta de sueño y el miedo, pero ella seguía adelante, como impulsada por una fuerza inexplicable.

Su madre.

Karen sentía la culpa, pesada como una piedra, reposando en el fondo de su cuerpo.

Dani se acercó a ella corriendo muy excitado, señalando el mar.

—¡Mira, mamá! ¿Qué es eso?

Un inmenso cetáceo alargado asomaba por encima del agua mostrándoles la brillante piel parduzca de su lomo. Su parte inferior, sumergida, era de color blanco.

—Es un rorcual —respondió ella—. ¿Sabes que pueden vivir hasta cien años, como las personas?

El niño contempló el animal fascinado.

Karen se ajustó las muñequeras y se subió la cremallera de la cazadora mientras le calaba el gorro a su hijo. Habían zarpado de Ciudad del Cabo hacía ya varios días. A pesar de su aspecto decadente, el rompehielos había resultado ser un buen barco. Cruzaban el océano Índico Subantártico a gran velocidad. Los grandes bloques de hielo que les franqueaban el paso y la fauna esquiva indicaban que estaban aproximándose al continente helado. Desde niña, había soñado con viajar a los mares antárticos, pero nunca imaginó que lo haría en esas circunstancias ni con un futuro tan incierto.

FINN CALCULÓ UNA VEZ MÁS LAS POSIBILIDADES QUE TENÍA DE morir en ese barco. Cada vez que el rompehielos cabeceaba, su estómago ascendía hasta su garganta para poco después volver a caer. Era un suplicio. Las primeras jornadas del viaje, había vomitado siete u ocho veces al día, un promedio lamentable. No recordaba haber estado en un lugar más sucio que aquel barco. Evitaba el contacto con casi todas las superficies y, sobre todo, con la tripulación. Gente de procedencia dudosa y con aspecto de no haberse lavado en varios días.

La noche de la tormenta había sido la peor de su vida. Tras haber pasado varias horas desinfectando su camarote, en pocos minutos se había llenado de agua de mar y de vómitos. En uno de los bandazos se había golpeado la cabeza contra la litera.

Según pasaban los días, la situación no parecía mejorar. El mar se había convertido en una pista de hielo, y el barco se impulsaba hacia arriba para después, gracias a su peso y a su casco reforzado, partir el hielo en el descenso. La comida que servían a bordo tenía un aspecto muy desagradable, así que la primera semana había tratado de sobrevivir a base de café, patatas fritas de bolsa y algo de fruta que conseguía en la cantina. No funcionó.

Finn se pasaba el día leyendo y vomitando, pero no había conseguido escribir una línea, lo que lo ponía de muy mal humor. Consultó su calendario en el móvil: aquella era la jornada trece de navegación. Tan solo quedaban cuatro más. Miró el cielo por el ojo de buey. Plomizo y a media luz, como siempre. El día eterno. El sol de medianoche. Le resultaba complicado distinguir el día de la noche y eso lo ponía nervioso. A falta de otro entretenimiento había estado estudiando el mar desde su partida y le habían sorprendido su belleza y versatilidad. Todos los días a la misma hora por la mañana y por la tarde salía a cubierta y tomaba una fotografía del océano, siempre desde el mismo lugar y con el mismo ángulo. Después volvía a su camarote y archivaba la fotografía con la fecha, hora y coordenadas. El álbum mostraba una interesante variedad de colores y texturas, así como una progresión hacia las aguas polares. Ese pequeño proyecto le proporcionaba una reconfortante sensación de control.

Un fuerte bandazo lo sorprendió de pie y tuvo que agarrarse a la mesa, anclada al suelo. Le sobrevino una arcada, corrió hacia el baño, se agarró a la tapa del váter, plastificada por él mismo, y vomitó. Al incorporarse se miró el estómago encogido. Podía contar cada una de sus costillas. Su ya de por sí delgado cuerpo estaba desapareciendo.

Se lavó las manos por quinta vez. Sacó una nueva pastilla de jabón de su envoltorio. Las había comprado en Ciudad del Cabo antes de zarpar. Era blanca y tenía forma de concha.

De niño le encantaban las conchas, hasta aquella mañana en la playa en que todo había cambiado.

En todas las familias hay un antes y un después que traza una línea invisible en su historia. Aquel día de verano fue su frontera. Un momento en el que el tiempo se detiene para bifurcarse sin remedio, sin posibilidad alguna de retroceder. Puedes girar la cabeza y mirar atrás, pero lo que ves ya no eres tú, es tu YO pasado, y ya solo puedes seguir de frente, hacia lo inevitable. Esa mañana, Finn descubrió que era diferente de los demás niños y que eso nunca cambiaría. Fue cons-

ciente de su individualidad más allá de ser un simple niño y de que las reglas del juego a veces no valen para todos.

Era un día espectacular de playa, el cielo resplandecía azul intenso y el mar respiraba tranquilo. Sus primos echaron a correr ya desde las dunas hacia la orilla, con sus madres detrás gritándoles que no se adentraran en el agua. Algunos se tumbaron en la orilla y se dedicaron a tirarse barro, otros se metieron en el agua haciendo todo tipo de cabriolas. Gritaban, reían y sus dientes brillaban bajo el sol. Él se quitó las chanclas y pisó la arena con repugnancia. Su madre le hizo gestos, sonriendo, para que se acercase al mar. El contacto con la arena húmeda le desagradó aún más. Una suave ola envolvió sus pies y al retirarse observó con pánico cómo sus pies se hundían.

A media mañana fue con su madre a buscar conchas. Recorrieron despacio los dos kilómetros de playa, parando en las pozas y esperando a que el mar se retirase para descubrir qué tesoros les brindaba. El método era siempre el mismo. Recogía la concha, la lavaba, descifraba su color y tocaba su superficie lisa o rugosa con placer. Después la colocaba en el fondo del cubo con delicadeza y trataba de no agitarlo mucho para que no se golpeasen unas con otras.

Aquel fue el único recuerdo agradable de ese día.

Cuando regresó a las dunas, donde sus primos tenían las toallas, solo pensaba en ordenar sus conchas y disfrutar de su tesoro. Colocó su toalla con esmero y alineó las conchas de menor a mayor. Después las contó. Había veinticuatro. Dos de sus primos pequeños vinieron a ver qué hacía, cogieron unas cuantas, las manosearon y desordenaron. Uno de ellos se sentó en la toalla y las llenó todas de arena. Comenzaron a pelearse y salieron corriendo, llevándose en las manos tres de sus conchas, que poco después se perderían en la arena. Finn sintió una profunda amargura. Los miró con impotencia mientras dos lágrimas resbaban por sus mejillas. Rápidamente se las limpió con la mano para que nadie lo viese. Su hermano Will rescató una concha de la arena y se la trajo. Él sabía que era diferente. Mientras sus padres y todos los demás hacían como si no pasase nada, su hermano se esforzaba en entenderlo

y, aunque muchas veces no lo hacía, siempre se podía contar con él. Simplemente estaba ahí. Así era Will.

Era 29 de julio. Tenía una serie de números de la suerte y otros de la mala suerte. Pensó que a partir de entonces el 29 pasaría a estar en el segundo grupo. Aquel había sido el ansiado día en la playa. La primera vez que vio el mar. Pero solo deseaba con todas sus fuerzas que el día hubiera terminado para regresar a la soledad de su cuarto. De hecho, aquel cuarto se convirtió, con los años, en una extensión de su cuerpo, y nada le gustaba más que estar ahí. En él se sentía seguro. Necesitaba un refugio para esconderse del mundo.

En el rompehielos no había refugio posible. Y eso le daba miedo.

DIARIO DE DANI:

Este barco me gusta. Mamá me ha contado que rompe el hielo. Antes me mareaba, pero ahora ya no. Ayer vimos ballenas y hoy unos pájaros muy grandes que nos han seguido dando vueltas en el cielo.

Mamá ha vuelto a tener pesadillas. Yo no le digo nada, pero a veces por la noche me despiertan sus gritos.

CARIDAD TENÍA EL DON DE ESCUCHAR. LA MIRABA CON ESOS grandes ojos negros como si lo que le estaba contando fuese lo más interesante que había oído nunca. Su voluptuoso cuerpo se movía con gracia entre las ollas y sartenes de la estrecha cocina del barco. De joven había trabajado varios años de bailarina en un teatro de variedades en La Habana. Todo en ella reflejaba los colores de Cuba. Un optimismo ciego que hacía que se sintiera a gusto con su suerte. Karen no sabía por qué, pero nada más conocerla le había inspirado confianza. Era una de las pocas personas en las que su mirada, su voz y sus intenciones estaban alineadas. Y se aferró a ella como quien encuentra un tronco cuando está a punto de ahogarse.

Caridad nunca le quiso decir su edad. Algunos días parecía que rondara los sesenta y otros que no superara los cincuenta, según se levantaba esa mañana.

—¿Qué bolá, mi hijita? Te veo alicaída, igual que una mosquita muerta.

Karen levantó los ojos hacia ella y le sonrió.

—Uh, qué sonrisa más mentirosa —dijo mientras pelaba una patata.

Compay Segundo sonaba con fuerza en un pequeño reproductor de casetes de otra época, que ella había paseado por todo el mundo.

—Me preocupa Dani —dijo Karen calentándose los dedos con la taza hirviendo mientras observaba al niño pintar sobre una mesa llena de ajos, naranjas, cebollas moradas y pimientos.

—Los niños son niños. Hará amigos allí donde vaya.

Caridad echó las patatas en la olla hirviendo, se acercó y le sirvió un café. La luz grisácea de la mañana se colaba por el ojo de buey. Tan solo se conocían desde hacía tres semanas, pero habían conectado desde la primera vez que Caridad le había guiñado un ojo a Dani.

—Ya tú sabes que esto era una gran oportunidad profesional para ti, tú me lo dijiste. Yo siempre estuve de acá para allá y no me ha ido tan mal. —Se metió en la despensa y salió con un bizcocho—. Mi niña, tú lo que tienes que hacer es probarlo y, si no te gusta, a otra cosa. Anda, come un poco de mi *cake*, que estás en la tela, mi hijita.

Caridad le sirvió un trozo de bizcocho y tapó el resto con un plástico. Se metió en la despensa y volvió con una botella de vino para cocinar. Lo apoyó en la mesa. Subió el fuego y se puso a cortar la carne en tacos sobre una tabla.

—Hoy sí tengo pincha. ¿Me ayudas? —dijo ofreciéndole un cuchillo.

—Claro. —Karen se acercó al lugar donde estaba la cubana y se remangó.

—Corta la carne, así, en tacos ni muy finos ni muy gordos, como yo, ¿ves? Luego los pones en esta fuente, ¿oká? —Y comenzó a cantar *Lágrimas negras* mientras movía sus caderas—: Que tú me quieres dejar, yo no quiero sufrir, contigo me voy, mi santa, aunque me cueste morir...

—¿Qué harás cuando el Solsticio vuelva a Sudáfrica? —preguntó Karen sin levantar la vista, acercándose a la botella de vino con disimulo.

Caridad puso una sartén al fuego y le echó aceite, se giró y se la quedó mirando mientras apoyaba una mano en la encimera y con la otra se atusaba el pelo.

—Yo tengo un hombre que me espera —dijo mordiéndose el labio antes de esbozar una sonrisa maliciosa.

—¿Un hombre?, ¡qué callado te lo tenías! —Karen rio mientras seguía troceando la carne—. ¿De dónde es?

—Lo conocí en Ciudad del Cabo. Llevaba un traje muy distinguido. —Cuando el aceite estuvo caliente, Caridad cogió una tabla y volcó en la sartén los trozos de pimientos rojos y amarillos y las cebollas—. Me recordó al dueño del teatro en el que yo bailaba en La Habana. Pero yo ya sé cómo tratar a esos hombres. Ya tú sabes, solo es cosa de ponerse digna, como si fueses de la realeza —explicó mientras sacaba pecho y levantaba la barbilla en un gesto altivo—. Lo miré por encima del hombro y me fui a sentar en la barra. ¡No tardó más de diez minutos en acercarse! —Una rotunda carcajada brotó de su garganta.

—¡Eres una mujer fatal! —exclamó Karen volcando los trozos en la fuente y comenzando con una nueva tanda—. ¿Y qué pasó?

—Esa noche me invitó a unas copas y después me acompañó hasta el barco. ¡Dios mío lindo!, ¡qué beso me regaló al despedirnos! —exclamó entornando los ojos en un gesto teatral mientras removía la sartén—. Se llama Dakarai, es representante comercial o algo parecido de una empresa farmacéutica. Aunque ya tú sabes, niña, que a mí no me ganan por la parte de la plata. Con vivir basta, como decía abuelita.

—Ya he terminado. ¿Qué hacemos con la carne? —preguntó Karen.

—Espera un ratico que echo los ajos y la volcamos en la sartén —dijo Caridad.

—¿Volvisteis a veros?

—Sí, claro, todos los días hasta que me vine para acá. Nos agarró una especie de enamoramiento juvenil que hacía muchos años que no sentía, hijita. Estaba más *metía* que un clavo en la pared.

Caridad esbozó una amplia sonrisa.

—Vamos a echar los tacos, mi hijita. —Juntas los volcaron en la sartén—. ¿Y qué hay del padre de Dani? ¿Está en alguna parte?

Karen se giró y dio un sorbo a su café para ganar tiempo mientras comenzaba a girar el anillo de su dedo corazón con el pulgar.

—Prefiero no hablar de ese tema.

Caridad asintió mientras echaba comino y laurel en el sofrito.

—Comprendo. ¿Cuántos años tiene Danito?

—Siete.

Caridad sacó un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Karen y ambas echaron una calada.

—Tuvo que ser un bebote lindísimo. —La cubana sonrió mirando a Dani con cariño.

Apagó el fuego de las patatas, las sacó del agua y comenzó a pelarlas.

—¿Pariste en España?

—Sí —mintió Karen.

Recordaba el dolor ascendiendo por su pelvis. Cada vez más intenso. Su madre le acariciaba la frente mientras le susurraba palabras de ánimo. Un grifo mal cerrado goteaba en alguna parte y el suelo crujía bajo los pasos acelerados de la matrona. Hacía frío. La enfermera se acercó a la cama y levantó la toalla que la cubría de cintura para abajo.

—Todavía falta un poco —afirmó con el ceño fruncido—. Voy a por más toallas.

Y desapareció tras la puerta.

El ulular de una lechuza se coló por las rendijas. Su madre le sonrió.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo mientras se giraba y comprobaba si estaban solas—, a pesar de la Rottenmeier.

Ambas rieron.

—Mierda, no puedo ni reírme, mamá.

Su madre le acarició la tripa con dulzura.

—¿Tienes frío? —preguntó mientras le cubría los dedos de los pies con el borde de una manta.

—No te preocupes, estoy bien. ¿Cómo estás tú?

Llevaban semanas viajando de noche y hacía escasos días habían cruzado la frontera con Francia. El cansancio y la tensión les estaba pasando factura. El rostro de su madre, normalmente sonrosado, había adquirido una palidez casi transparente.

—Hoy dormí un poco más, no te preocupes —dijo mientras se levantaba y corría las cortinas. La luz de la luna entró en la habitación iluminando su delgada figura. María la miró con cariño.

—Mamá, ¿por qué no aprovechas y te echas un rato? Esto puede durar varias horas.

Su madre hizo un gesto y, cuando iba a contestar, la matrona entró en la habitación. Traía un cuenco en una mano y unas toallas en la otra. Le dijo a Karen que debía comer. «La noche puede ser larga». Se incorporó mientras su madre le ponía un cojín en la espalda. La sopa tenía un sabor agrídulce, pero estaba caliente y la tomó con ansia. Encendieron la televisión. Solo había interferencias.

—El dueño me aseguró que la tele funcionaba —se quejó su madre mientras iba a comprobar los cables. Los apretó uno a uno y de pronto entró la señal.

Una mujer daba las últimas noticias en francés. Aparecieron imágenes de un grupo de astronautas que saludaban a la cámara sonrientes. Su madre le tradujo. Hablaban del Proyecto Mars Colony I. Habían sido elegidos los doce hombres y mujeres que viajarían a Marte dentro de siete años para establecer allí la primera colonia humana.

Karen observó con fascinación esos rostros. Cinco mujeres y siete hombres de diferentes nacionalidades. Embutidos en unos trajes naranjas, flotaban ingravidos, sonriendo a cámara, como si el tiempo a su alrededor se hubiese detenido.

Deseó ser uno de ellos. Alejarse a toda velocidad. Sumergirse en una nada oscura y silenciosa y observar cómo la Tierra se convertía lentamente en una esfera diminuta suspendida en el vacío.

—Viene otra... —Se agarró la tripa mientras se hacía un ovillo para tratar de aliviar el dolor.

—¡Enfermera! —Su madre se colocó a su lado al borde de la cama.

Esta contracción fue más larga y dolorosa. Gritó. La comadrona se colocó entre sus piernas, se puso unos guantes de látex y la palpó.

—Creo que voy a tener que girar al bebé. Ahora no empujes.

Ella la miró con pánico y apretó los dientes. «Dani está bien, Dani está bien, Dani está bien», se repetía en su cabeza como un mantra mientras el dolor se mezclaba con la sangre y el miedo.

—Concéntrese, señorita. ¡Ahora, empuje!

Insultó a la matrona mentalmente y después dedicó toda su energía a empujar, tan fuerte que el alma parecía salirse de su cuerpo. Cerró los ojos con fuerza.

—¡Empuje!

Un grito desgarrador salió de su garganta y sintió cómo la última gota de aire y energía abandonaban su cuerpo. Un llanto fuerte inundó la habitación y unas lágrimas calientes resbalaron por sus mejillas. Su madre le trajo al bebé envuelto en una manta y se lo colocó en el pecho. Todo su cuerpo temblaba. Guiada por un instinto animal lo olió y sintió una repentina tranquilidad.

—Te vas a llamar Daniel, como tu abuelo —le había susurrado.

El canturreo de la cubana la devolvió a la realidad. Todos aquellos recuerdos formaban parte del pasado, de cuando ella aún se llamaba María y su madre todavía respiraba.

«Dios, cómo te echo de menos, mamá».

De nuevo la culpa, densa y viscosa.

Karen echó los restos de piel de patata y las pepitas de los pimientos a la basura y pasó un paño por la encimera. Mientras Caridad entraba en la despensa, Karen cogió la botella de vino, dio dos rápidos tragos y la dejó en el mismo sitio antes de que la cubana regresase. Caridad echó un par de vasos de vino en la sartén y volcó tres botes de tomate frito. Después suspiró profundamente.

—Pues ya está. Ahora solo queda esperar un ratico.

Compay Segundo entonaba *Chan Chan* y la cubana acompañaba las rasgadas de guitarra con el movimiento de sus caderas.

Karen volvió a la mesa en la que estaba pintando Dani y se sentó.

—Mamá, me hago caca.

Ella recogió rápidamente las pinturas, le cogió la mano al niño y se despidió de Caridad.

—¿Nos vemos luego, niña?

—Bajamos por la tarde a verte —respondió desde el pasillo.

—No vengán antes de las seis, que voy a echar una pesca.

Al otro lado de la ventana, el blanco mar se cerraba en torno a ellos mientras unos densos copos de nieve caían despacio y se posaban sobre las placas de hielo.

KAREN PASEABA CON DANI DE LA MANO. HABÍAN SUBIDO A CUBIERTA a tomar el aire. Se aproximaba la noche. La línea gris del horizonte aparecía difusa, mezclando las nubes y el mar en una única superficie acerada. Caridad llevaba un colorido pañuelo al cuello y se había recogido la melena negra en un moño alto.

—Yo siempre quise ser actriz —suspiró la cocinera—. Mi abuelita me llevaba todos los domingos al teatro y después ensayábamos en su patio trasero los diálogos que podíamos recordar. En aquella época yo andaba *a la mailó*, sin preocupaciones. Me importaba un carajo la situación política o económica, esa no era mi guerra.

—¿Te criaste con tu abuela?

Caridad le explicó que su madre había muerto cuando ella tenía ocho años. Dos de sus hermanos se fueron a vivir con su padre, y su hermana Celia y ella se quedaron con su abuela.

—¿Sigues en contacto con tus otros hermanos? —preguntó Karen.

Dani se soltó y comenzó a correr por la cubierta. Karen vigilaba a su hijo con recelo.

—No, mi hijita. Lo último que supimos es que se habían ido *pa'l Yuma*. Mi padre nos envió alguna carta desde Colombia y luego otra

desde Brasil. Y hasta el día de hoy sin más noticias —Caridad suspiró y se señaló el pecho—, una astilla clavadita aquí.

—¡Dani, cuidado!

Karen corrió hacia su hijo, que se había subido a la barandilla y asomaba medio cuerpo sobre el agua.

—¡No vuelvas a subirte ahí, te puedes caer! —dijo mientras lo cogía en brazos.

—¡Danito!, ¡tú me quieres llevar a la tumba!

Se detuvieron y, apoyadas en la barandilla, contemplaron el mar durante unos minutos en silencio mientras el niño se sacaba del bolsillo un pequeño coche y le pedía a su madre que lo volviese a dejar en el suelo.

—A mí siempre me interesó la ciencia —dijo Karen—. Quizás seguí los pasos de mi padre.

—Te admiro, niña, yo nunca pasé de las sumas —respondió la cubana chasqueando la lengua—. ¿A qué se dedica tu padre?

—Murió. Era glaciólogo.

Caridad la miró con pesar.

—Lo siento mucho, mi hijita.

—Desapareció en una de sus expediciones a la Antártida. Nunca supimos con certeza qué le había ocurrido.

Caridad le preguntó si ella también trabajaba en lo mismo que su padre mientras se llevaba las manos a la cabeza para sujetar su pañuelo, que se volaba con una fuerte racha de viento. Karen le explicó que no. Era bióloga marina. Hablaron del laboratorio en La Rochelle, Francia, donde Karen había trabajado los últimos dos años.

Dani se había parado y miraba hacia el cielo. Un ave blanca y gris sobrevolaba la cubierta y parecía congelada en el aire, jugando con las corrientes. Recordaba la primera vez que su hijo había visto el mar. Le dijo que quería volver todos los días. Disfrutaban de sus aguas cristalinas, grises, serenas y agitadas. En verano, de su magnético color turquesa y, en invierno, de su superficie plomiza. Con grandes olas, liso como un plato, negro tormenta y verde turbio cuando el suelo arenoso

andaba removido. Siempre había algo nuevo esperándolos en aquellos paseos. Por eso cuando tuvieron que abandonarlo todo otra vez, encontró más fácil decirle que se iban a vivir a una isla, como la de Robinson Crusoe.

—¿Y de Francia te viniste *pa* esta isla polar? Te tiraste con la guagua andando, una mujer valiente, sí, señor. —Caridad sonrió.

Karen asintió en silencio. Lo que no le contó fue cómo había conseguido pasaportes falsos para ella y su hijo, ni por qué eran fugitivos.

—A mí lo que me salvó la vida fue saber cocinar —dijo Caridad—. A finales de los noventa las cosas se pusieron feas. El teatro cerró y yo malvivía haciendo números de vez en cuando en salas de fiestas. Estaba fundida. Nunca sabía si iba a poder comer al día siguiente. Se me quedó el esqueleto rumbero —volvió la cabeza hacia el mar— y un día viene una comadre, que también era bailarina, y me dice que se va *pa'l Yuma*, que la han contratado de cocinera en un barco. A mí se me abrió el cielo.

Dani llegó corriendo y se hizo hueco entre ellas. Caridad le removió el pelo.

—No me aceptaron en ese barco ni en el siguiente ni en el otro, pero el que la sigue la consigue —la cubana puso los brazos en jarras— y aquí me tienes, cocinando ropa vieja, frijoles negros y carne con papas *pa* toda esta cuadrilla.

Los tres permanecieron allí, contemplando el vasto océano helado, sumidos en sus pensamientos. Una racha de viento los golpeó. Karen le caló al niño su gorro de lana.

—Mi hijita, voy tumbando —dijo Caridad poco después mientras se inclinaba y le daba un sonoro beso a Dani y un abrazo a ella.

Karen la vio alejarse con su colorido pañuelo y su ondulante caminar y pensó que pertenecía a un mundo de colores intensos y noches cálidas. Un mundo muy diferente al del hielo.

Nunca hubiera imaginado que aquella mujer les salvaría la vida.

—Mamá, ¿podemos quedarnos fuera un poco más?

—Claro, bichejo.

El niño echó a correr hacia la proa del barco. De nuevo, aquel frío afilado trepando por sus vísceras, el mismo que ahora parecía venir de todas partes a medida que el rompehielos se acercaba a la isla.

COMO TODOS LOS DÍAS A LAS 17:47, FINN SUBÍA LAS ESCALERAS hacia cubierta para tomar una fotografía del océano. La tarde anterior había conseguido captar un azul oscuro muy interesante. Se había enfundado sus guantes de látex, por lo que creía haber percibido alguna mirada hostil entre la tripulación, lo que no le importaba lo más mínimo.

Al llegar arriba, sintió la humedad y el intenso olor a mar y deseó volver a su camarote. Estaba a punto de agarrar la barandilla cuando algo chocó contra sus piernas y le hizo perder el equilibrio. Movi6 los brazos de un lado a otro y al final evit6 la ca6da. Era un ni6o. No pod6a calcular su edad. Solo sab6a que eran ruidosos, imprevisibles y portadores de muchas enfermedades. Se apart6 instintivamente. El ni6o lo mir6 y se disculp6. Llevaba un gorro rojo de lana calado hasta las cejas.

—¡Dani!, ¡mira por d6nde vas!

Una mujer joven y atl6tica le rega6o. Al ver a Finn levant6 la mano a modo de disculpa y sus labios dibujaron un «perdone». Ten6a una mirada triste, esquiva. Los hab6a visto una noche en la cantina, aunque 6l trataba de abandonar su camarote solo lo imprescindible. Observ6 c6mo se alejaban hacia la popa. Consult6 la hora. Las 17:55. Sac6 su c6mara con premura, coloc6 los mismos par6metros de siem-

pre y miró por el visor. En las últimas horas el mar había cambiado mucho.

El agua había desaparecido.

En su lugar se extendía una gigantesca placa de hielo que parecía no tener principio ni fin. Cerró el diafragma y subió la velocidad de obturación para que la foto no apareciese quemada.

Desde aquel lugar era mucho más fácil percibir el movimiento ascendente y descendente del rompehielos. Cerró los ojos y sintió las miles de toneladas de aquel inmenso barco precipitándose contra esa masa de hielo de varios metros de grosor para quebrarla y abrir una vía de agua en la inmensidad blanca.

Era fascinante.

Ojalá estuviese allí su hermano. Seguro que Will lo abrumaría con datos técnicos típicos de un ingeniero y eliminaría todo el romanticismo, pero era la única persona con la que podía ser él mismo. Imaginó que seguiría enfadado con él tras marcharse sin decir adiós.

Finn no podía explicarlo. No sabía qué pretendía encontrar en aquella isla. Solo sabía que debía ir. La lógica no tenía nada que ver en toda esta historia, y eso era algo que Will no era capaz de comprender.

Echó un último vistazo al blanco horizonte. Cada metro lo alejaba más de su querida Nueva York y lo introducía en aquel mundo desconocido y yermo.